



POINT BLANC

ANTHONY HOROWITZ

Alex Rider,
el superespia adolescente



Alex Rider, a sus catorce años y, muy a su pesar, espía del servicio secreto británico MI6, vuelve al colegio tratando de adaptarse a su nueva doble vida... y a sus dobles deberes escolares.

Pero el MI6 tiene otros planes para él.

Las investigaciones sobre la muerte «accidental» de dos de los hombres más poderosos del mundo ha puesto al descubierto un único vínculo. Los dos tenían un hijo en la Academia Point Blanc, un exclusivo colegio para vástagos rebeldes de familias ricas, dirigido por el siniestro Doctor Grief y situado en un inexpugnable pico de los Alpes franceses.

Armado exclusivamente con una falsa identidad y una serie de aparatos ingeniosamente camuflados, Alex debe infiltrarse en la academia como un alumno más e investigar qué está pasando allí realmente. ¿Será capaz de alertar al mundo de lo que va a descubrir, antes de que sea demasiado tarde?

Para W. S. y N.

1. La caída

MICHAEL J. Roscoe era un hombre cuidadoso. El coche que lo llevaba hasta el trabajo cada mañana, a las siete y cuarto, era un Mercedes hecho a medida, con puertas reforzadas de acero y ventanillas a prueba de balas. El conductor, un agente retirado del FBI, llevaba una pistola Beretta subcompacta y semiautomática, y sabía cómo usarla. Había exactamente cinco pasos entre el lugar en el que el coche se detenía y la entrada de la Torre Roscoe, en la Quinta Avenida de Nueva York, pero un circuito cerrado de cámaras de televisión seguía cada centímetro de su paseo. Una vez que las puertas automáticas se cerraban a sus espaldas, un recepcionista de uniforme —también armado— observaba cómo cruzaba el vestíbulo y entraba en su propio ascensor privado.

El ascensor tenía paredes de mármol, una alfombra azul, pasamanos de plata y carecía de botones. Roscoe colocaba la mano sobre un pequeño panel de cristal. Un sensor leía sus huellas dactilares, las verificaba y activaba el ascensor. Las puertas se cerraban y el ascensor subía hasta la planta 16 sin detenerse. Nadie excepto él lo usaba nunca. Tampoco se detenía jamás en las obras plantas del edificio. Mientras subía, el recepcionista llamaba por el teléfono a los empleados del señor Roscoe, avisándoles de que estaba en camino.

Todos los que trabajaban en la oficina personal de Roscoe habían sido escogidos e investigados de arriba abajo.

Era imposible llegar hasta él sin una cita, y conseguir una podía demorarse tres meses.

Cuando eres rico, tienes que ser cuidadoso. Hay locos, secuestradores, terroristas..., los desesperados y desposeídos. Michael J. Roscoe era el presidente de Roscoe Electronics y el noveno o décimo hombre más rico del mundo; y era de lo más cuidadoso. Desde que su rostro había aparecido en la portada de la revista *Time* («El rey de la electrónica»), era consciente de que se había convertido en un blanco visible. Así que cuando aparecía en público caminaba con rapidez, con la cabeza baja. Sus gafas habían sido elegidas para ocultar en lo posible su rostro redondo y agradable. Sus ropas eran caras pero anónimas. Si iba al teatro o a cenar, siempre llegaba en el último minuto, y prefería no demorarse al salir. Estaba rodeado de docenas de sistemas de seguridad y, aunque en su momento lo habían apabullado, había conseguido que llegasen a convertirse en rutina.

Pero consultad al respecto a un espía o a un agente de seguridad. La rutina es la mejor de las formas de conseguir que te maten. Eso hace que el enemigo sepa dónde vas y a qué hora estarás allí. La rutina iba a matar a Michael J. Roscoe, y aquel era el día que la muerte había elegido para visitarlo.

Por supuesto, Roscoe no tenía idea de eso según pasaba del ascensor a su oficina privada; una habitación inmensa, situada en la esquina del edificio, con ventanales que iban del suelo al techo, mirando en dos direcciones: a la Quinta Avenida, al norte, y a Central Park, al oeste. Las dos paredes restantes tenían una puerta, una librería baja y, cerca del ascensor, un único óleo: un florero, obra de Vincent van Gogh.

La negra superficie cristalina de su escritorio estaba igualmente despejada. Tan solo contenía un ordenador, una agenda de piel, un teléfono y la fotografía enmarcada de un chico de catorce años. Mientras se quitaba la cha-

queta y se sentaba, Roscoe se quedó mirando la foto de su hijo. Pelo rubio, ojos azules y rostro pecoso. Paul Roscoe se parecía mucho a su padre, solo que con cuarenta años menos. Roscoe tenía ya cincuenta años, y comenzaba a mostrar su verdadera edad a pesar del perpetuo bronceado. La foto estaba sacada el año anterior, en Long Island. Habían pasado el día navegando. Luego hicieron una barbacoa en la playa. Fue uno de los pocos días felices que habían pasado juntos.

La puerta se abrió y entró su secretaria. Helen Bosworth era inglesa. Había abandonado su hogar y dejado a su esposo para irse a trabajar a Nueva York y disfrutaba con cada minuto de su jornada. Trabajaba en aquella oficina desde hacía once años, y en todo aquel tiempo jamás había olvidado detalle alguno o cometido ningún error.

—Buenos días, señor Roscoe —dijo.

—Buenos días, Helen.

Depositó una carpeta en el escritorio.

—Los últimos datos de Singapur. Reunión con el organizador del R-15. Tiene un almuerzo con el senador Andrews a las doce y media. He reservado el Ivy...

—¿Se ha acordado de llamar a Londres? —preguntó Roscoe.

Helen Bosworth parpadeó. ¿Por qué le preguntaba aquello, si nunca olvidaba nada?

—Hablé ayer por la tarde con la oficina de Alan Blunt —dijo. La tarde de Nueva York era la noche de Londres—. El señor Blunt no estaba, pero he arreglado una entrevista telefónica con él para esta tarde. Puede hacerlo desde su coche.

—Gracias, Helen.

—¿Hago que le traigan su café?

—No, gracias, Helen. Hoy no quiero café.

Helen Bosworth salió de la habitación sumamente alarmada. ¿No quería café? Desde que ella podía recordar, el señor Roscoe había comenzado el día con un doble exprés.

¿Estaría enfermo? La verdad es que se había comportado de forma muy rara en los últimos días..., desde que Paul había regresado a esa escuela en el sur de Francia. ¡Y esa llamada telefónica a Alan Blunt en Londres! Nadie le había dicho quién era, pero ella había encontrado ese nombre una vez en un archivo. Era alguien relacionado con el espionaje militar británico. El MI6. ¿Qué relación tenía el señor Roscoe con un espía?

Helen Bosworth regresó a su despacho y se calmó los nervios, no tomándose un café —era algo que no podía soportar—, sino una vigorizante taza de té inglés. Estaba ocurriendo algo muy extraño y no le gustaba. No le gustaba nada.

* * *

Entre tanto, sesenta plantas más abajo, un hombre había entrado en el vestíbulo portando un abrigo gris, con una placa de identificación en la solapa. La placa decía que era Sam Green, técnico de mantenimiento de X-Press Elevators Inc. Llevaba un maletín en una mano y en la otra una gran caja de herramientas plateada. Puso las dos delante de la mesa de recepción.

Sam Green no era su nombre verdadero. Su pelo, negro y ligeramente grasiento, era falso, lo mismo que las gafas, el bigote y los dientes torcidos. Aparentaba cincuenta años, cuando en realidad rondaba los treinta. Nadie sabía su nombre verdadero; pero, en el negocio en el que estaba metido, lo último que uno daba era el nombre real. Era conocido como el Caballero y era uno de los asesinos a sueldo más cotizados y eficaces del mundo. Le habían puesto aquel apodo porque siempre mandaba flores a las familias de sus víctimas.

El recepcionista le echó una ojeada.

—He venido a revisar el ascensor —dijo. Hablaba con acento del Bronx, aunque no había pasado en aquel lugar más que una semana.

—¿De qué habla? —le preguntó el recepcionista—. Sus empleados estuvieron aquí la semana pasada.

—Sí, eso es. Hemos encontrado un cable defectuoso en el ascensor doce. Teníamos que cambiarlo, pero no traíamos repuestos. Así que aquí estoy de vuelta —el Caballero rebuscó en su bolsillo y sacó una arrugada hoja de papel—. ¿Quiere llamar a la oficina central? Aquí tengo las instrucciones.

Si el recepcionista hubiese llamado a X-Press Elevators Inc., habría descubierto que, en efecto, tenían un empleado llamado Sam Green, aunque no había acudido en los dos últimos días al trabajo. Eso último se debía a que el verdadero Sam Green estaba en el fondo del río Hudson, con un cuchillo clavado en la espalda y los pies atados a un bloque de cemento de diez kilos. Pero el recepcionista no llamó. El Caballero había supuesto que no lo haría. Después de todo, los ascensores están todo el día estropeándose. Había un ir y venir continuo de técnicos. ¿Qué diferencia había con que apareciese uno más?

El recepcionista señaló con el pulgar.

—¡Adelante! —dijo.

El Caballero se guardó la carta, agarró el maletín y la caja de herramientas y se fue hacia los ascensores. Había una docena de ascensores públicos para los oficinistas, más un decimotercero para Michael J. Roscoe. El ascensor número doce estaba al final. Según entraba, un repartidor, llevando un paquete, trató de seguirlo.

—Disculpe —dijo el Caballero—. Está cerrado para labores de mantenimiento.

Las puertas se cerraron. Lo había conseguido. Apretó el botón que llevaba a la planta sesenta.

Le habían encargado aquel trabajo solo una semana antes. Había tenido que moverse rápido; matar al verdadero

técnico de mantenimiento, adoptar su identidad, aprenderse los planos de la Torre Roscoe y conseguir la sofisticada pieza de equipo que sabía que iba a necesitar. Quienes le pagaban querían ver eliminado al multimillonario lo antes posible. Y, lo que era más importante, querían que pareciese un accidente. Por aquel trabajo, el Caballero había pedido, y conseguido, doscientos mil dólares americanos. El dinero tenía que pagarse en una cuenta bancaria suiza, una mitad al cerrar el trato y la otra al terminar el trabajo.

La puerta del ascensor se abrió. La planta sesenta era usada sobre todo para mantenimiento. Allí estaban situados los depósitos de agua, y también los ordenadores que controlaban la calefacción, el aire acondicionado, las cámaras de seguridad y los ascensores de todo el edificio. El Caballero bloqueó el ascensor usando la llave maestra manual que una vez había pertenecido a Sam Green, antes de dirigirse a los ordenadores. Sabía exactamente dónde estaban. De hecho, podía haber llegado a ellos con los ojos cerrados. Abrió su maletín. Había en él dos secciones. La inferior era un ordenador portátil. La tapa estaba repleta de taladros y otras herramientas, todas bien colocadas en su lugar.

Le llevó quince minutos abrirse paso a través del sistema de la Torre Roscoe y conectar su portátil al circuito interior. Saltarse los sistemas de seguridad de la Torre le llevó un poco más de tiempo, pero acabó consiguiéndolo. Escribió una orden en su teclado. En el piso de abajo, el ascensor privado de Michael J. Roscoe hizo lo nunca visto. Subió un piso más, hasta el nivel sesenta y uno. La puerta, sin embargo, permaneció cerrada. El Caballero no necesitaba entrar.

En vez de eso, cogió el maletín y la caja de herramientas plateada y se las llevó de vuelta al mismo ascensor con el que había subido desde recepción. Giró la llave maestra y apretó el botón que lo llevaba a la planta cincuenta y cinco. De nuevo, desactivó el ascensor. Entonces se estiró y

empujó. En lo alto del ascensor había una trampilla que se abría hacia fuera. Sacó el maletín y la caja plateada, luego trepó hasta el techo del ascensor. Se encontraba dentro del principal pozo de ascensores de la Torre Roscoe. Estaba rodeado, por todas partes, de vigas y tuberías ennegrecidas por la grasa y la suciedad. Gruesos cables de acero colgaban por todos lados, y algunos de ellos zumbaban al subir y bajar sus cargas. Al mirar hacia abajo pudo ver un túnel cuadrado, aparentemente sin fin, iluminado solo por las hendiduras de luz que salían de las puertas que se abrían y cerraban según los restantes ascensores llegaban a las diversas plantas. De alguna forma, la brisa se las arreglaba para colarse desde la calle, arrastrando polvo que cegaba sus ojos. Cerca, tenía varias puertas que, de haberlas abierto, lo hubieran llevado directamente a la oficina de Roscoe. Sobre ellas, encima de su cabeza y a unos pocos metros a la derecha, estaba el vientre del ascensor privado de Roscoe.

Al lado tenía la caja de herramientas, sobre el techo de su ascensor. La abrió con cuidado. Dentro, en un espacio especialmente modelado, estaba lo que parecía un complicado proyector cinematográfico, plateado y cóncavo, con gruesas lentes de cristal. Lo tomó, luego echó una ojeada a su reloj. Las ocho y treinta y cinco. Le podía llevar una hora conectar aquel aparato al fondo del ascensor de Roscoe, y un poco más comprobar que funcionaba. Tenía tiempo de sobra.

Sonriendo para sus adentro, el Caballero sacó un destornillador eléctrico y comenzó a trabajar.

A las doce en punto, Helen Bosworth lo llamó por el teléfono.

—Su coche ha llegado, señor Roscoe.

—Gracias, Helen.

Roscoe no había hecho mucho esa mañana. Era consciente de que solo la mitad de su cabeza estaba pendiente del trabajo. Una vez más, observó la foto de su escritorio. Paul. ¿Cómo podían haber ido tan mal las cosas entre un padre y su hijo? ¿Y qué podía haber pasado en los últimos meses para que fuesen aún peor?

Se incorporó, se puso la chaqueta y cruzó la oficina, camino de su encuentro con el senador Andrews. Comía a menudo con políticos. Querían su dinero, sus ideas... o a él mismo. Cualquiera que fuese tan rico como Roscoe resultaba un amigo poderoso, y los políticos necesitan todos los amigos que puedan conseguir.

Apretó el botón del ascensor y las puertas se abrieron. Dio un paso adelante.

La última cosa que Michael J. Roscoe vio en su vida fue un ascensor con paredes de mármol, una alfombra azul y un pasamanos de plata. Su pie derecho, calzado con uno de los zapatos de piel negra que le hacían a mano en una tiendecita de Roma, fue a apoyarse en la alfombra... y la atravesó. El resto de su cuerpo lo siguió, cayendo sobre el ascensor y luego a través del mismo. Se desplomó a través de sesenta plantas, hacia su muerte. Estaba tan sorprendido por lo que había ocurrido que ni siquiera gritó. Simplemente cayó en la negrura del pozo de ascensores, rebotó una docena de veces contra los muros y por último se estrelló contra el sólido cemento de los sótanos, doscientos metros más abajo.

El ascensor se quedó donde estaba. Parecía sólido, pero la verdad es que no lo era en absoluto. Roscoe había entrado en un holograma proyectado en el espacio vacío del pozo de ascensores, justo donde debiera estar el verdadero ascensor. El Caballero había programado la puerta para que se abriese cuando Roscoe apretase el botón, y había esperado tranquilamente a que diese su paso hacia el olvido. Si el multimillonario hubiera mirado hacia arriba por un momento, habría visto el proyector plateado de hologra-

mas, creando la imagen, a unos pocos metros sobre su cabeza. Pero un hombre que entra en un ascensor y que se dirige a celebrar una comida, no mira hacia arriba. El Caballero lo sabía. Y él nunca se equivocaba.

A las doce treinta y cinco, el chófer llamó para decir que el señor Roscoe no había llegado al coche. Diez minutos más tarde, Helen Bosworth avisaba a seguridad, que comenzó a registrar el vestíbulo del edificio. A la una llamaron al restaurante. Allí estaba el senador, esperando a su invitado. Pero Roscoe no había aparecido.

De hecho, no descubrieron el cuerpo hasta el día siguiente, momento en el que la desaparición del millonario había empezado a ser protagonista de las noticias televisivas estadounidenses. Un extraño accidente..., eso era lo que parecía. Nadie podía imaginar lo que había ocurrido. Porque, por supuesto, para entonces, el Caballero había reprogramado la unidad central, quitado el proyector y dejado todo como estaba, antes de salir tranquilamente del edificio.

Dos días más tarde, un hombre que parecía cualquier cosa menos un técnico de mantenimiento entró en el aeropuerto internacional JFK. Iba a emprender un vuelo rumbo a Suiza. Pero antes fue a una floristería y encargó que enviaran a cierta dirección una docena de tulipanes negros. El hombre pagó en efectivo. No dio ningún nombre.

2. Sombra Azul

EL peor momento para sentirte solo es cuando estás en medio de una multitud. Alex Rider iba caminando por el terreno de juego, rodeado de cientos de chicos y chicas de, más o menos, su misma edad. Todos se dirigían en la misma dirección, todos vestían el mismo uniforme azul y gris, todos ellos pensando probablemente en lo mismo. La última clase del día acababa de finalizar. Deberes, té y televisión ocuparían sus horas hasta el momento de irse a la cama. ¿Por qué se sentía tan lejano a todo eso, como si hubiera estado contemplando las últimas semanas del ciclo escolar a través de una pantalla gigante de cristal?

Alex se colgó la mochila de un hombro y continuó hacia el cobertizo de las bicicletas. La mochila pesaba. Como de costumbre, contenía el doble de tareas escolares, francés e historia. Había perdido dos semanas de colegio y estaba trabajando duro para recuperarlas. Sus profesores no se habían mostrado comprensivos. Nadie había dicho nada, pero cuando, finalmente, regresó con una carta del médico (... *gripe severa con algunas complicaciones...*) habían cabeceado y sonreído, con el pensamiento secreto de que estaba bastante mimado y echado a perder. Por otra parte, tenían que tener algo de manga ancha. Todos sabían que Alex no tenía padres, y que había vivido con un tío, muerto en una especie de accidente de tráfico. Pero aun así. ¡Dos semanas en la cama! Incluso sus mejores amigos tenían que admitir que era demasiado.

Y él no podía decir la verdad. No le permitían contar lo que realmente había ocurrido. Eso era lo peor de todo^[1].

Alex miró a su alrededor, a la marea de chicos que salía por las puertas de la escuela, algunos regateando con balones y otros con sus teléfonos móviles. Miró a los profesores, que se metían en sus coches de segunda mano. Al principio, llegó a pensar que toda la escuela había cambiado mientras estaba fuera. Pero ahora sabía que lo sucedido era bastante peor. Todo estaba igual. Era él quien había cambiado.

Alex tenía catorce años, y era un colegial normal, en un colegio normal del oeste de Londres.

O lo había sido. Tan solo unas semanas antes, había descubierto que su tío era un agente secreto que trabajaba para el MI6. Su tío, Ian Rider, había sido asesinado y el MI6 había obligado a Alex a ocupar su lugar. Le habían dado un cursillo rápido en técnicas de supervivencia de los SAS, y lo habían enviado a una demencial misión en la costa sur. Lo habían perseguido, disparado contra él y casi asesinado. Y al final lo habían detenido y enviado de vuelta al colegio, como si no hubiera ocurrido nada. Pero, antes de eso, le habían hecho firmar el Acta de Secretos Oficiales. Alex sonrió al recordarlo. No hacía falta que firmase nada. ¿Quién iba a creerlo?

Pero era ese secretismo el que ahora le estaba pesando. Cada vez que alguien le preguntaba qué había estado haciendo durante las semanas que había estado fuera, estaba obligado a responder que había estado en la cama leyendo, deambulando alrededor de la casa, y cosas así. Alex no deseaba alardear de lo que había hecho, pero odiaba tener que engañar a sus amigos. Lo ponía de mal humor. El MI6 no solo había puesto en peligro su vida. Había encerrado toda su vida en un archivador y habían tirado la llave.

Había llegado al cobertizo de las bicicletas. Alguien murmuró un adiós, dirigido a él, y cabeceó, antes de echar atrás el mechón de pelo que había caído sobre sus ojos. A

veces desearía que todo aquel asunto del MI6 nunca hubiera tenido lugar. Pero, al mismo tiempo, tenía que admitirlo, parte de él deseaba que sucediera de nuevo. A veces sentía que ya no era parte del mundo seguro y confortable de la Brookland School. Se habían producido demasiados cambios. Y, al final del día, cualquier cosa era mejor que hacer tareas escolares.

Sacó la bicicleta del cobertizo, quitó el seguro, se colgó la mochila de los hombros y se dispuso a irse pedaleando. Entonces vio el destartado coche blanco. Volvía a cruzar las puertas de la escuela. Por segunda vez en esa semana.

Todo el mundo sabía quién era el hombre del coche blanco.

Rondaba la veintena de años, era calvo y tenía dos incisivos rotos, así como varios pendientes de metal en la oreja. No había dado su nombre. Cuando la gente hablaba de él, le llamaba el Skoda, por la marca de su coche. Pero había quienes decían que se llamaba Jake y que una vez había pertenecido a la escuela. De ser cierto, había vuelto como un fantasma inoportuno; estaba allí un minuto, se desvanecía el siguiente... siempre unos pocos segundos antes de que llegase un coche de policía de patrulla, o algún profesor inquisitivo.

Skoda vendía drogas. Vendía drogas blandas a los chicos más jóvenes, y drogas duras a cualquier alumno de los últimos años lo bastante tonto como para comprárselas. A Alex le resultaba increíble que Skoda pudiera moverse con tanta facilidad, colocando sus paquetitos a plena luz del día. Pero, por supuesto, existía un código de honor en el colegio. Nadie delataba a nadie a la policía, ni siquiera a una rata como Skoda. Y estaba siempre presente el miedo de que si Skoda caía, alguno de sus compradores —amigos, compañeros de clase— pudiera caer con él.

Las drogas nunca habían sido un gran problema en Brookland, pero la cosa había comenzado recientemente a cambiar. Un grupito de chicos de diecisiete años había co-